Ruta de Cigaleños Ilustres

Restos del Palacio de los Condes de Benavente

Ana de Austria, Fernando de Austria, María de Hungría y Catalina de la Cerda

Los Condes de Benavente fueron señores de Cigales desde el año 1519 siendo el primer Conde señor de Cigales D. Alonso Pimentel Pacheco hasta el año 1840 siendo el último señor de Cigales Pedro de Alcántara entre sus posesiones en Cigales además del Palacio Fortaleza del cual apenas tenemos restos por diferentes vicisitudes de la historia poseían viñas y bodegas, almendros, el monte de la mesa y la dehesa y la panera entre otras muchas posesiones.

Pero si por algo es conocido este Palacio en Cigales es por ser el lugar de nacimiento el 1 de noviembre de 1549 de uno de los personajes históricos más relevantes de nuestra Historia, la archiduquesa de Austria, reina de España y Portugal Ana de Austria, hija del Emperador Maximiliano y María de Austria, cuarta esposa de Felipe II; fue bautizada por el obispo de Lugo en una pila de plata del propio Palacio

En este Palacio nació también su hermano Fernando de Austria un 28 de marzo de 1551 siendo bautizado igualmente por el obispo de Lugo falleciendo a los 16 meses de edad.

Catalina de la Cerda era hija de Juan de la Cerda, duque de Medinaceli. Nació en Cigales (Valladolid, 1556) y fue una de las mujeres más destacadas en la corte española. Camarera mayor de la reina Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, en 1576 casó con Francisco de Sandoval y Rojas y Borja, I duque de Lerma y todopoderoso valido de Felipe III.

Catalina pidió ser enterrada en Medinaceli, de donde procedía su linaje, pero cuando en 1603 murió en Buitrago de Lozoya, su marido quiso trasladar el cadáver a Valladolid, donde entonces estaba la corte, organizando para un traslado y un funeral regio como expresión de su poder. En el camino el cadáver fue descomponiéndose, produciendo un hedor insoportable que ahuyentaba a la población. El duque mandó trasladar los restos en secreto, de noche y con toda rapidez mientras llenaba el ataúd con piedras equivalente al peso de la difunta.

Este sería el féretro que recorrió las calles de Valladolid, el que recibirían los grandes de España y el bendecido por el arzobispo de Toledo con la suntuosidad requerida por el duque